Palacio Valdés y la *Revista de Asturias*

Álvaro Ruiz de la Peña Solar

En su primer texto editorial, la *Revista de Asturias* declaraba a los lectores que nacía para «defender los intereses de Asturias, propagar los conocimientos científicos y literarios y dar a conocer los monumentos artísticos y curiosidades del país, todo con perfecta independencia y dentro de un amplio criterio», afirmando más adelante que «en lo que respecta a los sagrados intereses científicos continuará siendo también un campo abierto para todos los que a su estudio y propaganda se consagren, sin partir de imposiciones ni prejuicios que repugna el sustantivo carácter de la ciencia»[1].

La *Revista de Asturias* nacía continuando la trayectoria editorial de los *Ecos del Nalón. Revista ilustrada Científico-Literaria*[2] y era una empresa intelectual que venía a sumarse a otras con las que guarda afinidades evidentes; me refiero a la Comisión Provincial de Monumentos, nacida en 1879[3]; el grupo de estudios asturianistas que se constituye en

---

1 *Revista de Asturias*, nº XIII (5-3-78), págs. 96-97.

2 En esencia, no se perciben cambios sustanciales entre las dos publicaciones, aunque se adviertan pequeñas novedades, como la incorporación de nuevos colaboradores y algunos cambios en la estructura de la revista. Hay que recordar, por otra parte, que existe una segunda época de la *Revista de Asturias*, entre los años 1886-1889, editada en Oviedo y dirigida por Genaro Alas; era de aparición quincenal y constaba de cuarenta páginas.

3 Este tipo de organismos se crean en toda España por R.O. de 13 de junio de 1844, con labores de vigilancia , conservación e información sobre todo el patrimonio histórico-artístico existente en las provincias. La comisión asturiana inicia sus trabajos en 1879,

torno a *La Quintana*, fundado en 1881 por algunos de los colaboradores más representativos de la *Revista de Asturias*, como pueden ser Máximo Fuertes Acevedo, Fermín Canella o Braulio Vigón; o ya, un poco más adelante, la Extensión Universitaria, proyecto educativo pionero en España, que ponen en marcha varios de los integrantes de la *Revista de Asturias*, como son Adolfo Alvarez-Buylla, Felix Aramburu, Fermín Canella, Adolfo Posada o Leopoldo Alas, en el año 1898, tras el discurso inaugural de Rafael Altamira ante el claustro de profesores, en el curso 1998-99[4].

En la *Revista de Asturias*, formando parte del grupo fundacional, encontramos jóvenes profesores universitarios como Aramburu, Canella o Alas; ingenieros civiles y militares como Ricardo Acebal, Eduardo Ríu, Genaro Alas o Rafael Martín; escritores y eruditos de distinta filiación ideológica y variada procedencia profesional como Estanislao Sánchez Calvo, Lino Palacio, Borja Canella, Daniel Berjano, Atanasio Palacio Valdés[5], Máximo Fuertes Acevedo y un largo etcétera. Asimismo, contaba la revista con una extensa nómina de corresponsales en toda Asturias (algunos tan conocidos como el folklorista Braulio Vigón, en Colunga, o el marino e historiador Manuel García Mijares en Llanes). En Madrid actuaba de corresponsal y embajador de la revista, el célebre librero asturiano Victoriano Suárez, o de modo circunstancial –en el transcurso de sus estancias en la capital- los jóvenes Leopoldo Alas, Armando Palacio Valdés y Adolfo Posada.

Director y alma de la publicación fue el, también, joven catedrático de Derecho Penal, incorporado al claustro ovetense en 1876, Felix Aramburu y Zuloaga, un verdadero intelectual que supo combinar los estudios académicos de su especialidad, en la que brilló ante la comunidad internacional, con el cultivo de la escritura literaria, la crítica costumbrista y el relato breve; a él se debe la sección fija en la revista «Ecos y Rumores», una de las mejor acogidas por los lectores, que firma con el seudónimo de *Saladito*, serie de animados cuadros de costumbres

siendo su primer secretario Ciriaco Miguel Vigil y contándose entre sus primeros miembros muchos de los colaboradores de la *Revista de Asturias*.

4 Para todas las cuestiones relacionadas con la Extensión Universitaria de Oviedo, pueden consultarse los estudios reunidos de Santiago Melón Fernández, *Obra completa*, Oviedo, KRK Ediciones, 2003.

5 Atanasio Palacio Valdés (1856-1919), hermano menor de Armando, era también ingeniero militar y abogado, compatibilizando a lo largo de su vida distintos empleos como funcionario del estado con una vocacional dedicación literaria.

ovetenses, verdaderamente interesante desde una perspectiva sociológica, en la que no faltan la crítica mordaz hacia el poder municipal u otras instituciones provinciales.

Pues bien, tras estos datos puramente descriptivos y externos conviene ahora ahondar en lo que fue y supuso aquella *Revista de Asturias*, o en lo que, a través de una lectura demorada de sus páginas, percibimos nosotros hoy como el núcleo constituyente de su sustantividad, como proyecto literario, científico e intelectual al servicio de los intereses generales de los asturianos. En este sentido, tengo la impresión de que tras esa «defensa de los intereses morales y materiales de la región» (que aparece en la declaración de intenciones del primer editorial de la revista, y que contiene una carga retórica habitual en la mayor parte de las publicaciones de la época, de sus mismas características), a pesar también del tono abierto y liberal que Aramburu imprime a la revista, en la que cohabitan republicanos, federalistas y antimonárquicos (como los hermanos Alas, los hermanos Palacio Valdés, Estanislao Sánchez Calvo, Eladio Carreño, Adolfo Posada, Máximo Fuertes Acevedo, Fermín Canella, etc.) con otras personalidades de signo conservador y católico (como Gumersindo Laverde Ruiz, Rogelio Jove y Bravo, Balbín de Unquera, por ejemplo), e incluso carlistas como el poeta en lengua asturiana Xuan María Acebal; a pesar, también, de la expresa recomendación editorial de no inmiscuirse en temas políticos[6], la *Revista de Asturias* de deslizó desde sus inicios hacia posiciones intelectuales e ideológicas que reflejaban bien a las claras su desdén por el conservadurismo político, explícitamente manifiesto en las críticas a la política desarrollada por los correligionarios de Cánovas, Alejandro Pidal o José Posada Herrera, o su rechazo hacia las actitudes éticas y estéticas de muchos de los escritores –poetas, novelistas y dramaturgos- del período[7].

---

6 Tanto Leopoldo Alas como el propio Palacio Valdés comentan irónicamente esta directiva editorial, cuando envían sus cuartillas desde la corresponsalía de Madrid: «Me has prohibido hablarte de política y esta restricción despótica impuesta a mi pluma la tiene amortiguada y sin aliento», le dirá Armando a *Saladino*-Aramburu en un «Correo de Madrid» del 22-3-78, o «en la *Revista* no cabe hablar de política», recordará Alas, ante determinadas sugerencias en tal sentido, al director, en otro «Correo de Madrid» del 1-7-78.

7 De las muchas muestras que se podrían exponer en esa línea, cito dos ejemplos, aparecidos ambos en la *Revista*, con fecha 25-1-79 el primero: una crítica de Palacio Valdés al popular novelista Manuel Fernández y González (págs. 38-42), y otro de Leopoldo Alas, el 25-2-79, reseñando la obra de un colega, José Campillo y Rodríguez, sobre temas de estética literaria (págs. 86-88)

Como botón de muestra de lo que acabo de afirmar, presento a continuación tres ejemplos que me parecen muy significativos. El primero, es la polémica suscitada entre Fuertes Acevedo y Laverde Ruiz, a causa de la edición jovellanista de Cándido Nocedal de 1858[8]. Arremetía Fuertes contra la manipulación partidista de Nocedal, que atribuía a Jovellanos un buen número de afinidades políticas con el absolutismo monárquico y fidelidad al ideario ultraconservador de aquél[9]; a esta desautorización histórica de Nocedal por parte de Fuertes Acevedo, opuso Laverde Ruiz toda una batería de argumentaciones basadas en textos del propio Jovellanos[10]. Pues bien, en una nota editorial que acompaña al citado título del artículo de Laverde, la revista expresa «nuestra conformidad con lo que, referente a este punto, expuso en otro artículo publicado en el número 1 de este año, nuestro ilustrado colaborador D. Máximo Fuertes Acevedo, en apoyo de cuyo parecer pudieran, del mismo modo que lo hace el Sr. Laverde, citarse infinidad de pasajes y datos[11]. Es claro que la revista tomaba partido por la interpretación liberal y progresista de Fuertes Acevedo, frente a las hipótesis conservadoras de Laverde Ruiz, a pesar de que éste había participado en la aventura editorial desde los inicios y contaba, desde luego, con el afecto y el respeto de sus compañeros de redacción.

El segundo ejemplo que quiero mostrar está relacionado con el retraso de las obras del ferrocarril de Pajares, debido –entre otras causas- a la intromisión política del ministerio de Fomento (con el que mantenía claras conexiones el que poco más tarde sería su titular, el diputado por Villaviciosa Alejandro Pidal[12]). Había apoyado éste la concesión a una empresa francesa de la construcción de ese difícil tramo ferroviario, frente al proyecto existente, que quedaba modificado en su trazado, variando

---

8 Las vicisitudes de esta edición aparecen claramente resumidas en el prólogo de José Miguel Caso González, *Gaspar Melchor de Jovellanos. Obras Completas*, tomo VI, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII-Ilustre Ayuntamiento de Gijón, 1994.

9Los dos artículos de Fuertes Acevedo, el primero refutando a Nocedal y el segundo polemizando con Laverde Ruiz, en *Revista de Asturias* (15-1-81, págs. 5-7; 30-4-81, págs. 118-120).

10 La réplica de Laverde a Fuertes Acevedo, en *Revista de Asturias* (15-3-81, págs. 65-69).

11 La nota editorial, en *Revista de Asturias* (15-3-81), significativamente situada junto a la réplica de Laverde a Fuertes Acevedo.

12 Alejandro Pidal y Mon (1846-1913), político asturiano de Villaviciosa, fundó la Unión Católica en los inicios de la Restauración, siendo nombrado por Cánovas ministro de Fomento en 1884.

el porcentaje de los niveles y las pendientes y haciendo que los costes se dispararan en beneficio del capital francés. Una gran manifestación en la que intervienen «decenas de miles de asturianos», según el autor de la reseña, Genaro Alas, recorre las calles de Oviedo, reivindicando que «el ferrocarril de Pajares se construya como la ciencia, la justicia y el interés de Asturias exigen»[13]. El mismo Genaro Alas escribirá en el número siguiente de la revista un durísimo artículo contra el diputado Pidal, «poseído por el demonio del orgullo», que parece ignorar que «en los tiempos que corren la fuerza de un individuo es nada ante la de la colectividad que, como puede prestársela, puede hacer también que desaparezca»[14]. Todos estos hechos estuvieron a punto de provocar, como recuerda Constantino Suárez[15], que el imperio político de Alejandro Pidal en Asturias se derrumbara, teniendo mucho que ver en ello el papel jugado por la *Revista de Asturias*, desentrañando las tramas económicas y políticas en las que se había involucrado el diputado asturiano, y estimulando las iniciativas sociales que frenaron el fraudulento proyecto.

El tercer y último texto que viene a reforzar la idea del talante progresista de la *Revista de Asturias*, nos lo suministra el mismo Genaro Alas, ingeniero militar de profesión y hermano mayor del escritor Leopoldo Alas[16], que publica un artículo sobre la «Posibilidad racional y práctica de prescindir de las quintas en el ejercito español»[17], en el que se declara abierto partidario del sistema militar inglés, nutrido por una milicia voluntaria semiprofesional y otra sedentaria de refuerzo «numerosa y

---

13 *Revista de Asturias,* nº 6 (27-3-81), págs. 94-96.

14 *Idem*, nº 7 (15-4-81), págs. 108-111.

15 Constantino Suárez, *Escritores y artistas asturianos.* Tomo VI, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1957, pág. 231: «Entretanto, su imperio político en Asturias, estuvo a punto de sufrir un grave contratiempo. Sucedió ello en 1881. El y su hermano Luis patrocinaron y protegieron con toda su influencia una variante introducida por el ingeniero francés Mr. Donon en el trazado del ferrocarril del puerto de Pajares, a favor de la compañía ferroviaria y en daño de los intereses generales de Asturias. La persistencia en el propósito dio lugar a una gran manifestación de protesta en Oviedo, el 27 de marzo de ese año, organizada por representaciones de todos los concejos de la provincia, y que constituyó un acto de ejemplar conducta ciudadana que fue aplaudido por toda la prensa liberal de España».

16 Genaro Alas (1844-1918), fue un intelectual con inquietudes muy diversas; políglota, liberal, ciudadano comprometido con su tierra y con su tiempo, brilló como ensayista de temas militares, además de dedicarse al periodismo, a la docencia, al mundo de la empresa; fue, incluso, diputado a Cortes, en las que intervino activamente en los años 1898 y 1899, como representante del Partido Autonomista Cubano.

17 *Revista de Asturias*, nº 19 (30-3-82), págs. 91 y ss.

entusiasta», según G. Alas. Por el contrario, en los países occidentales, con España a la cabeza, el ejercito permanente se surte de «conscriptos o quintos», es decir, «de ciudadanos que durante algunos años ejercen la profesión militar por grado o por fuerza, con derechos y obligaciones que no son libres de aceptar, modificar o rechazar»; continúa Genaro Alas equiparando las quintas a la trata de negros, aunque las primeras, por desconocimiento general, nunca han tenido igual número de detractores; afirma también que la mayor parte de los oficiales del ejercito español son decididamente contrarios al servicio voluntario, por causas más instintivas que racionales, por el odio del militar profesional a los institutos de reclutamiento espontáneo (como la Guardia Civil, los carabineros o los guerrilleros carlistas de las últimas guerras); asimismo, habla Alas de la necesidad de un ejército «en pie de paz», pensado para apoyar más técnica que militarmente el país, de un ejército que no sea «instrumento de la tiranía», sino «escudo imparcial del orden de cosas que agrada a la mayoría del país», para acabar manifestando que «las utopías de hoy son las realidades de mañana», aunque el liberal e ilustrado militar ignorase que ese «mañana» quedaba, en el caso español, bastante lejos todavía[18].

Bastantes más textos aparecidos en la *Revista de Asturias* podrían espigarse aquí, abundando en este tono liberal y progresista de la publicación; sólo citaré dos, de orden e intención muy diversos: el artículo de Adolfo Posada sobre «La tiranía en Rusia», en el que elogia sin paliativos a Hertzen, Bakunin y Pushkin, «condenados a vivir bajo el más execrable de los tiranos, Nicolás»[19], y el «Discurso de Felix Aramburu en la Inauguración de la Escuela Ovetense de Artes y Oficios», que me parece un claro y temprano precedente del gran proyecto pedagógico que cuaja en la Extensión Universitaria, planteada como compromiso cívico ineludible por Leopoldo Alas, en la sesión inaugural del claustro universitario del 11 de octubre de 1898[20].

Así pues, no es aventurado afirmar que un poderoso y permanente nexo de ideas e intereses recorre todas estas iniciativas intelectuales, que florecerán en España –y en Asturias- a partir del nacimiento de la Institución Libre de Enseñanza, cuyas bases programáticas redactan en

---

18 Esa corriente de pensamiento liberal, dentro de la oficialía y jefes del ejercito español del siglo XIX, ha sido estudiada, entre otros, por el historiador militar Carlos Blanco Escolá, *Vicente Rojo, el general que humilló a Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2003, págs.

19 *Revista de Asturias*, nº16 (30-8-81), págs. 273-277.

20 *Revista de Asturias,* nº19 (8-10-82), págs. 297-302.

marzo de 1876 profesores como Giner, Montero Ríos, Salmerón, Moret, Azcárate y otros[21]. Muchos de los rasgos que informan el espíritu de la Institución, tales como sus débitos con el krausismo positivo (es decir, su aplicación práctica), la reacción contra los poderes políticos, la aconfesionalidad, el patriotismo crítico que redescubre la verdadera realidad española, la desmitificación de la historia, la sensibilidad ante la llamada «cuestión social», y de otra parte, el higienismo (el gusto por las excursiones deportivas y viajes culturales), el estudio del folclore y la poesía populares, o la apertura al extranjero desde una clara vocación europeista (que culminaría en 1907 con la creación de la Junta para la Ampliación de Estudios)[22]; muchos de estos rasgos institucionistas, repito, se traslucen en las páginas de la *Revista de Asturias*, fruto de esa ebullición intelectual que en el Principado cuaja de forma muy brillante, gracias a la sorprendente presencia de un nutrido grupo de jóvenes profesores universitarios, que pronto constituirán una avanzadilla de gran influencia en Asturias, Madrid, y el conjunto de la universidad española. En consecuencia, es difícil no apreciar en la empresa periodística dirigida por Felix Aramburu la conexión estrecha con el movimiento pedagógico alentado por Giner de los Ríos y sus compañeros madrileños, de cuya semilla van a hacer tan buen uso los jóvenes universitarios asturianos.

Armando Palacio Valdés tiene, cuando se publica su primera colaboración en la *Revista de Asturias*, veinticuatro años. Está en Madrid buscándose un futuro profesional, sin tener muy claro hacia dónde haya de orientarse éste, a pesar de que las muchas incitaciones y ofertas de amigos y protectores –que veían en el un escritor con grandes posibili-

21 Las redes editoriales que se establecen bajo unos mismos, o parecidos, criterios han sido estudiadas por Carmen Menéndez Onrubia, «Las grandes revistas culturales. Realismo, naturalismo y crítica literaria», en Mª del Pilar Palomo Vázquez, *Movimientos literarios y periodismo en España*, Madrid, Síntesis, 1997, págs. 168-189.

22 La Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas, se crea por Real decreto el 11 de enero de 1907; va precedido de una amplia exposición de motivos, justificando la necesidad de que las instituciones del Estado se involucren en la formación completa del personal docente, siguiendo el ejemplo de los países europeos más avanzados, para lo cual se establecen pensiones y becas que faciliten los viajes y estancias en otras universidades del extranjero. Tanto la exposición de motivos como el articulado del decreto, van firmados por el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Amalio Gimeno. En *Colección legislativa de España*, tomo XXIII, vol. 1º de 1907, págs. 49-57. Madrid.

dades- lo habían situado en la dirección de la *Revista Europea*, al frente de la que estará tres años[23], entre los veintiuno y los veinticuatro, recién licenciado de sus estudios de Derecho; antes, mientras cursaba éstos, se había hecho socio del Ateneo de Madrid, siendo, según su biógrafo Antón del Olmet, «uno de los primeros jóvenes que entraron en la casa», añadiendo además éste que «se pasaba la vida en el Ateneo. Era el terror de los bibliotecarios. Palacio Valdés leía ocho o diez horas diarias en la biblioteca»[24].

Estando en Madrid, pues, la *Revista de Asturias* le encarga a Armando que se ocupe de una sección fija, de una corresponsalía, en la que se transmita a los lectores de la revista el latido social y cultural de la capital; así que el joven escritor tenía ya un sorprendente currículo, cuando inicia su colaboración en la publicación asturiana el año 1878: director de la *Revista Europea* y autor de trabajos como *Los oradores del Ateneo* y *Los novelistas españoles*, que ven la luz en sus páginas.

En esta sección, reclamada por la revista, no se limita Palacio Valdés a imitar a su director, *Saladino* (Felix Aramburu), en los «Ecos y rumores» de la vida social ovetense. En estos, Aramburu se dejaba llevar por cierto espíritu gacetillero que probablemente demandaba, como una concesión comercial a los lectores y a la vida local, la publicación. Palacio aprovecha la oportunidad que se le ofrece desde Asturias, para dibujar la histología social de un Madrid que, en palabras de Alas –cuando éste le sustituye como corresponsal en la capital- era «prosaico, insignificante, triste, inaguantable», añadiendo a renglón seguido que se marcha de Madrid precipitadamente, porque «se anuncia una corona poética consistente en elegías y fúnebres conciertos, obra de nuestros primeros poetas», con motivo de la muerte de la reina Mercedes[25].

En esta mirada de Palacio Valdés sobre la vida social y cultural ma-

---

23 La *Revista europea* (1874-1880) fue un semanario que acogió en sus páginas las colaboraciones de los escritores e intelectuales más destacados de la época, sin distinción de credo ideológico; en ella publica Menéndez Pelayo la primera serie de artículos sobre la ciencia española, en el año 1876.

24 En Luis Antón del Olmet y José de Torres Bernal, *Palacio Valdés*, Madrid, Imp. De Juan Pueyo, 1919, pág. 64. En este mismo fragmento, indican los autores que «orientaba a Palacio Valdés en las lecturas D. José Moreno Nieto, presidente a la sazón de la sección de Ciencias Morales y Políticas, de la que, a los veintiún años, fue elegido secretario primero D. Armando».

25 *Revista de Asturias*, nº XXV (1878), págs. 296-298. Alas envía «correos» desde Madrid a la revista para los números XVI, XXII, XXIV y XXV, todos ellos en el mismo año de 1878.

drileña, más intelectual que afectiva, más crítica que superficial y lígera, se mezclan planos que, sin dejar de ser literarios, contienen dosis importantes de análisis de la realidad. Por ejemplo, en su primera colaboración con la que, todavía, se sigue titulando *Ecos del Nalón*, cuenta Armando cómo transcurre una nochebuena en la distancia familiar de Madrid, sólo, sin amigos, y cómo después de visitar a una familia conocida y percibir la frialdad de su recibimiento, se despide, después de excusarse; ya en la calle, escucha el sonido de una campanilla que anuncia la entrada en capilla de dos reos de muerte, y escribe: «No es la campanilla de Dios la que suena, es la del hombre. Tampoco es la del hombre. Hobbes tiene razón: es la campanilla del lobo»[26].

Otras colaboraciones o corresponsalías de Palacio Valdés tienen una orientación más documental, más de análisis o comentario de la actualidad política o social. Cuando habla, por ejemplo, de la reforma de la legislación sobre la instrucción pública y cuando afirma que el Ateneo y la Institución Libre de Enseñanza «son hoy dos focos de ilustración a donde acude la gente ávida de conocer los progresos de la ciencia», o para escuchar «la voz autorizada de hombres como Valera, Azcárate, Giner y otros»[27]; o cuando refiere las discusiones que tienen lugar en el Ateneo sobre la cuestión social[28]; o cuando hace la crítica, muy en la línea anticasticista de Larra, de las corridas de toros, fingiendo la presencia de un supuesto embajador de Annam[29] en la plaza: «Allá le vi en un palco con

---

26 *Ecos del Nalón*, nº VIII (1978), pág. 63. El contenido de este texto parece anunciar el tema que aparecerá, años después, en el volumen de cuentos *Aguas fuertes*, publicado en 1884, precisamente titulado *El reo de muerte*, en el que el escritor critica con dureza la costumbre de las ejecuciones públicas.

27 *Revista de Asturias*, nº XIV (1978), pág. 123.

28 Sobre la llamada «cuestión social» escribieron muchos tratadistas, pensadores y literatos entre 1875 y los primeros años de la década de los ochenta; desde Clarín a Concepción Arenal, pasando por Azcárate o Costa. Alas se ocupó ampliamente de ella en la serie de artículos dedicados a glosar y comentar las posiciones de Gumersindo Azcárate, expuestas en sesiones del Ateneo de Madrid, en el mismo año de 1878 que documenta Palacio Valdés (*Revista de Asturias*, nº XV,1978, pág. 214). Los textos de estos artículos clarinianos pueden verse en Yván Lissorgues, *Clarín político*, Oviedo, KRK ediciones, 2004, págs 511-663.

29 Annam es una región situada a lo largo de la costa oriental de la península indochina, en la actual superficie de Vietnam; daba nombre a un antiguo reino formado por el Tonkín y una parte de las provincias del sur de la China. Al lector no se le escapa el carácter irónico del texto, en el que se adjudica a un asiático, representante de un país belicoso y guerrero, virtudes como la sensibilidad y la discreción, que contrastan con la brutalidad de la fiesta nacional española.

los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en el redondel. Mas los naturales de los países civilizados no pueden soportar la vista de estos espectáculos cruentos con que nos solazamos los que aún no hemos llegado a un cierto grado de civilización. Al salir a luz el aparato digestivo de un humilde alazán, el embajador palideció al uso de su tierra, es decir, se puso amoratado e hizo ademán de retirarse, pero se le advirtió que esto era infringir por completo las normas de la etiqueta, y permaneció sentado. Al segundo toro, o por mejor decir, al segundo caballo, no pudo resistir más y se fue. Honor eterno a nuestra nación, que en pleno siglo XIX sabe, con sus espectáculos sangrientos, horrorizar a un habitante del Asia»[30].

Especial interés, por la filiación europeista y la ácida crítica al casticismo patriotero, es el «Correo de Madrid» (título de la sección o corresponsalía) de 1 de mayo de 1978. En vísperas del Dos de Mayo, festividad emblemática de los madrileños, el joven Armando, que tiene en ese momento veinticinco años, previendo cómo va a discurrir el día de afirmación nacional, escribe en los siguientes términos: Protesto contra ese ataque de patriotismo que sufren los madrileños, de un modo periódico e invariable todos los años, muy semejante al del misticismo que padecen durante los días de Semana Santa. Todo el que ame sinceramente la religión y la patria, no puede menos que contemplar con repugnancia que un pueblo tan escéptico y tan frívolo como este, alardee hipócritamente de religiosidad y patriotismo en épocas fijas del año. La idea de la patria, como la de la religión, se expresa en todos los momentos y en todos los actos de la vida; y el pueblo que en sus espectáculos, en sus costumbres desordenadas, en sus conversaciones superficiales, no respeta a la una y escarnece a la otra, no tiene derecho a llamarse ni religioso ni patrio-

30 *Revista de Asturias*, nº XXI (1878), pág. 237. Palacio Valdés trocará, con el paso del tiempo, esta actitud mordaz y decididamente condenatoria de las corridas de toros, por otra de signo bien distinto. En una de sus relaciones epistolares, concretamente con el editor americano de sus obras –Edmund Gosse-, ilustra a éste en aspectos poco conocidos de su biografía, para ayudarle en la composición de la nota introductoria que encabezaría las ediciones americanas de sus obras, hacia 1890. En una de las cartas podemos leer lo siguiente: «Paso los inviernos en Madrid y los veranos en Asturias (...) Tengo pasión por los ejercicios físicos, la gimnasia, la esgrima, y procuro vivir equilibrado, porque me repugna en todo, y principalmente en el arte, la afectación y la exageración. *Me gustan mucho los toros* (...) y voy muy poco al teatro, acaso por la situación precaria por que hoy atraviesa el arte dramático». Recoge el texto Brian J. Dendle, «Diez cartas inéditas de Armando Palacio Valdés a Edmund Gosse y a William Heinemann», en *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, nº 141 (1993), págs. 303-313.

ta, en ninguna época del año. La religiosidad y el patriotismo, que son característicos de las naciones europeas, no sufren en ellas, como entre nosotros, tan largas intermitencias»[31].

Pero, además de estas excursiones críticas a la vida social y cultural madrileña, Palacio Valdés escribe a menudo, como no podía ser de otra forma, sobre literatura. El joven crítico, aquél del que Olmet y Bernal aseguraban que «aburría a los bibliotecarios del Ateneo», está comenzando a delinear su propio perfil como observador y juez de la literatura de su tiempo; próxima ya la publicación, en colaboración con su amigo Leopoldo Alas, de *La literatura en 1881*[32] , Armando vela las armas con comentarios y análisis sobre la situación de las letras españolas contemporáneas, que no le merece –dicho sea de paso- ningún juicio entusiástico.

Veamos un ejemplo de esta actitud, francamente hostil, hacia la literatura del período, en un suelto inserto en su «Correo de Madrid»: «La literatura se halla a tal punto postrada en estos momentos que ni una sola noticia de mediano interés puedo darte, referente a este orden. Esto es desconsolador, pero tiene sus ventajas. Hace algunas semanas que no tenemos el gusto de leer ninguna producción de los ingenios que hoy trabajan para gloria de la patria, pero también estamos libres, tiempo hace, de sermones del Padre Sánchez, o de novelas de Pérez Escrich y poesías de Blasco. Sin embargo, como ya sabes que yo siempre me pongo en todo lo malo, sospecho que el día menos pensado voy a encontrarme en las librerías con un nuevo tomo de López Bago»[33]. Con este comentario marcaba Palacio Valdés las diferencias frente al naturalismo radical de López Bago y sus seguidores, cuyo fisiologismo casi patológico y tremendismo formal no podían satisfacer, en modo alguno, las directrices estéticas del asturiano.

En otro «Correo de Madrid» se refiere Palacio Valdés a las discusio-

---

31 *Revista de Asturias*, nº XIX (1878), pág. 203.

32 *La literatura en 1881*, Madrid, A. de Carlos Hierro, 1882. Colección de 31 artículos, de los que 16 fueron obra de Palacio Valdés, en defensa de las tesis naturalistas (especialmente el dedicado a *La desheredada* de Galdós, que es, casi, un manifiesto de escuela, según algunos críticos).

33 Eduardo López Bago y Peñalver (1853-1931), fue el máximo representante del naturalismo radical español, seguidor de la más pura ortodoxia zolesca, precedente de una escuela en la que militaron escritores como Alejandro Sawa o José Zahonero. Para Palacio Valdés, López Bago no podía sino representar los excesos de una escuela, hipertrofiada ya en las obras de estos novelistas epigonales. El texto, en *Revista de Asturias*, nº XIX (1878), pág. 203.

nes que se van a producir, días después, en las aulas del Ateneo, en la sección de Literatura, en torno a la novela y su repercusión en el ámbito social, adelantando Armando algunas reflexiones al respecto: «La novela es en el día el género literario que ejerce una influencia más positiva sobre nuestra sociedad; ha venido a sustituir al poema dde las antiguas edades y es la que introduce el filtro de las ideas en los pensamiento más dormidos. Hay novelas que han hecho más en pro de algunas ideas que todas las cátedras donde se enseñaban y todos los libros donde se exponían», y acaba advirtiendo: «ya sabes que en estos momentos me dedico al estudio de la novela en España y concebirás el interés que en mí debe despertar semejante debate»[34].

De todos los artículos de crítica escritos por Palacio Valdés para la *Revista de Asturias* (los hay sobre Galdós, Sellés, Fernández y González, Echegaray, Núñez de Arce y otros) me interesa destacar uno, «Cualidades de la crítica», en el que el joven Armando expone los que, a su juicio, son peligros que acechan al crítico profesional; previamente, diseña el perfil del que sería un crítico ideal: «el que se siente atraído de un modo irresistible hacia la belleza, porque tiene un alma hecha para contemplarla; el que vive de la vida de los grandes artistas, despojándose voluntariamente de su personalidad para disolverse, según los va gustando, en la de cada uno de ellos; en una palabra, el que sin poseer el don celeste de crear belleza, la siente y la comprende». La crítica entendida así se convierte , en Palacio Valdés, en otra forma de arte, desprovista tal vez del genio creador de los grandes escritores, pero no por ello menos merecedora de la admiración del público. ¿Quién va a saber admirar y describir la belleza sino quien está dotado para reconocerla, allí donde se encuentre? Por otra parte, la pasión que encierra el verdadero arte pide un crítico, a la vez, apasionado. El creador y el crítico, cuando ambos pertenecen a un rango superior entre los de su clase, son hijos del mismo ideal. En este sentido, Larra representa, seguramente, para Palacio Valdés, el modelo preciso que se debe imitar; desde su pasión vital –la de Larra- la literatura pudo ser un clamor refundido en lo biográfico, una dedicación abnegada, casi heroica, en la que vida y literatura se confunden. Cuando habla más concretamente de *Figaro*,

34 *Revista de Asturias*, nº XV (1878), pág. 140. El interés por la novela del que habla el escritor se refleja en la serie de artículos dedicados a *Los novelistas españoles*, que vieron la luz en la *Revista Europea*, en 1878 y fueron editados en libro, *Los novelistas españoles. Semblanzas literarias*, Madrid, Casa editorial de Medina, Im. De Conde y Comp., 1878, 161 págs.

Palacio Valdés descubre el *ethos* esencial de su discurso crítico, y con él también el propio. «Larra –dirá el joven discípulo- tenía un espíritu impetuoso, inquieto y ardiente, de lo cual nos ha dado pruebas bien claras en su vida y en su muerte», para afirmar, acto seguido, que «si caía en el escepticismo algunas veces no era por un exceso de materialismo sino por un exceso de idealismo, lo mismo que Espronceda, Musset, Heine y otros hombres grandes de su generación»; es evidente que con esta actitud moral, basada no solo en la razón del gusto sino también en una posición comprometida con la literatura como elemento reparador de la historia, a Palacio Valdés no podía llenarle la que él señala o identifica como crítica académica que, so pretexto de introducirse «en el campo de los procedimientos artísticos para sorprender los secretos y recursos del poeta», es incapaz de gozar, sentir alegría o tristeza, «como era su obligación», concluye el escritor de Laviana[35].

Las colaboraciones de Armando Palacio Valdés con la *Revista de Asturias*, incluyeron trabajos literarios que vieron la primera luz en la publicación. Es el caso de la brumosa ensoñación que da lugar al boceto costumbrista *El estanque grande del Retiro*[36] , o aquella otra, ya citada, que tomada probablemente de un hecho real ocurrido en una nochebuena madrileña, bosqueja el relato posterior de *El reo de muerte*[37]. En otros casos, aparecen textos narrativos decididamente literarios, como el relato de *Crótalus horridus*[38] o la primicia del primer capítulo de *El señorito Octavio*[39] .

---

35 *Revista de Asturias*, nº 17 (1880), págs. 266-268. En la parte final de «Cualidades de la crítica», Palacio Valdés matiza lo que él entiende por *razón del gusto*: «la cualidad distintiva del crítico y la única que le da derecho a juzgar las obras de arte, es el *gusto*. Es esta una aptitud del espíritu que pende casi exclusivamente de la imaginación y por lo mismo nace y muere con el individuo. Puede y debe, no obstante, ser cultivada por el estudio y la repetida contemplación de las obras de arte, pero entendiendo que la condición no suplirá jamás la falta de gusto mientras en ciertos casos éste pasa bien sin aquella (...) De aquí que yo considere más exacto, cuando es hombre de gusto, el juicio de un revistero al relatar lisamente sus impresiones, que las descargas cerradas de conceptos huecos y palabras altisonantes de la crítica de profesión. Hay otra razón también que lo hace preferible, y es que generalmente está mejor escrito. El tipo del retórico pedante, aunque renovándose a través de las generaciones, ha perdido toda su influencia, y al presente, tanto más vale una crítica cuanto más bella forma reviste».

36 *Revista de Asturias*, nº 5 (1880), págs. 65-66. Recogido más tarde en el volumen de cuentos *Aguas fuertes,* de 1884.

37 *Ecos del Nalón*, nº VIII (1878), pág. 63. Incluído, también en *Aguas fuertes*.

38 *Revista de Asturias*, números XXXVIII y XXXIX (1878), págs. 505-509 y 519-523.

39 *Revista de Asturias*, nº 5 (1881), págs. 74-77. La novela ve la luz, meses más

La actividad del Palacio Valdés articulista no hurta ningún tipo de acontecimiento cultural de la vida madrileña, bien sea cuando anota la asistencia a algún concierto, como aquel al que asiste en el Teatro del Príncipe Alfonso, recibiendo una fuerte impresión al escuchar la *Rapsodia húngara*, nº 6, de Franz Liszt, arreglada para orquesta por Karl Müller, o sencillamente, cuando confiesa haber asistido a una sesión nocturna del circo Price, deseoso de admirar las contorsiones y piruetas acrobáticas de *Misela*, «la maravilla del siglo XIX, según rezan los carteles», ante cuyos encantos sucumbe: «Quedé fascinado. Aquellas piernas no han perdido nada de su elocuencia...»[40].

Finalizando ya, diré que el joven Palacio Valdés debió sentirse muy cómodo en las páginas de la *Revista de Asturias*, compartiendo afanes e inquietudes literarias con aquel selecto grupo de profesores, intelectuales y escritores bien avenidos, por más que entre ellos existieran no pocas diferencias ideológicas. A través de los textos que he venido comentando, vemos como aquel precoz estudiante de Derecho inicia su transformación de crítico en novelista, en el transcurso del tiempo que dura su colaboración con la *Revista*. Se convierte, como diría su cordialmente despreciado Rilo, de larva en mariposa. Un joven novelista que llega a la novela después de haber reflexionado mucho sobre el género, después de pulir su juicio estético en la actividad crítica, en medio de un ambiente poco propicio para el desarrollo de esta capacidad, un novelista, en fin, nada inocente, poco intuitivo, un constructor maduro del arte del relato, poseedor de una vasta cultura literaria, que hizo de la novela, en la misma línea de otros grandes escritores de su generación, un instrumento transportador de ideas de progreso y de modernidad.

Estoy convencido de que releer a Armando Palacio Valdés, después de estos encuentros de Entralgo, será una aventura más palpitante, convirtiéndose en un redescubrimiento necesario.

---

tarde, el mismo año de 1881, mereciendo una amplia y elogiosa reseña del director de la *Revista*, Felix Aramburu (nº 7, 1881, págs. 105-108), que la define como «más descriptiva y psicológica, como suele ahora decirse, que de enredo y acción».

40 La referencia al concierto de Listz, en *Revista de Asturias*, nºXIV (1878), pág. 123. La visita al circo Price queda recogida en el nº XIX (1878), pág. 203.